



Margarita Maza de Juárez

1826-1871

INICIATIVA

XLVI LEGISLATURA | 26 XII 1966

DECRETO

XLVI LEGISLATURA | 29 XII 1966

SESIÓN SOLEMNE

XLVI LEGISLATURA | 31 XII 1966

Margarita Maza de Juárez

1826-1871

Enrique M. de los Ríos

Vivía en la segunda década de este siglo y en la calle de Segovia, en Oaxaca, un honrado agricultor de origen genovés llamado Antonio Maza, en posición bastante desahogada, pues que poseía tres solares para el cultivo de granas, llamados generalmente nopaleras, y estaba muy bien aceptado, tanto por la población europea de la ciudad, como por los indios de la Sierra con quienes tenía siempre muy buenas relaciones, especialmente los de los pueblos de San Pablo Guelatao y San Pablo Nesicho. Tenía este honrado agricultor un hermano llamado Francisco que le ayudaba en sus quehaceres agrícolas y de comercio, y

DECRETO

1966

DECRETO para que se inscriba con letras de oro en la H. Cámara de Diputados del Congreso de la Unión, el nombre de Margarita Maza de Juárez.

Al margen un sello con el Escudo Nacional, que dice: Estados Unidos Mexicanos. Presidencia de la República.

GUSTAVO DÍAZ ORDAZ, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, a sus habitantes, sabed:

Que el Congreso de la Unión se ha servido dirigirme el siguiente

Decreto:

"El Congreso de los Estados Unidos Mexicanos, decreta:

ARTÍCULO ÚNICO. Inscríbese con letras de oro en el Salón de Sesiones de la H. Cámara de Diputados del Congreso de la Unión, el nombre de Margarita Maza de Juárez.

México, D. F., a 28 de diciembre de 1966. Guillermo Morales Blumenkron, D.V.P. Lic. Raúl Bolaños Cacho, S.P. Guillermo Molina Reyes, D.S. Dr. Luciano Huerta Sánchez, S.S. Rúbricas.

estaba además casado con la virtuosa señora Petra Parada, verdadera mujer del hogar muy religiosa, lo mismo que su marido, hecho por lo demás universal en aquella época, en el virreinato de la Nueva España.

Como las propiedades de campo de don Antonio Maza eran de cierta importancia, tenía un mayordomo que se las cuidaba y atendía, llamado Tiburcio Maldonado, y la esposa de éste estaba a la vez colocada en la casa de Oaxaca con la familia de don Antonio, en calidad de sirviente de confianza o ama de llaves. Esta sirviente no era otra que Josefa Juárez, hermana del Benemérito de América.

Cuando este grande hombre fue a la ciudad adonde llegó el 27 de diciembre del año 1818, la primera casa en donde se refugió y estuvo unos quince o veinte días fue la de D. Antonio Maza al lado de su hermana Josefa, y de allí pasó con su benefactor el sacerdote Antonio Salanueva.

El feliz y honrado matrimonio Maza tuvo una numerosa familia, algunos de cuyos miembros aún viven, y la primera niña habida en aquel, nació en la referida ciudad de Oaxaca el 29 de marzo de 1826 y fue solemnemente bautizada, llevando desde entonces por nombre el dulce y poético de Margarita.

Margarita se educó y creció en los más rígidos y severos principios de moral alentados y sostenidos por cualidades naturales, distinguiéndose desde muy niña, tanto por el horror con que veía la injusticia, como por la invencible repugnancia que le causaba decir u oír una mentira. Estando todavía en la primera infancia reveló la honradez y rectitud de su carácter en un hecho de niños al perecer sencillo, pero que da la medida de sus sentimientos. Acostumbraba su hermano ma-

capítulo VI

En cumplimiento con lo dispuesto en la fracción I del artículo 89 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos y para su debida publicación y observancia, expido el presente Decreto en la Residencia del Poder Ejecutivo

Federal, en la ciudad de México, Distrito Federal, a los 28 días del mes de diciembre de mil novecientos sesenta y seis. Gustavo Díaz Ordaz. Rúbrica. El Secretario de Gobernación, Luis Echeverría. Rúbrica.

yor José, jugar con un muchachito llamado Juan Sigüenza, empleado en la casa del señor Maza, y cada vez que la señora se descuidaba iba inmediatamente el niño al repostero y se robaba toda la fruta y dulce que podía, tendiendo especial predilección por los plátanos, y convidando siempre de su hurto al compañero de travesuras. Margarita observaba estos robos diarios a la despensa de su mamá, pero guardaba el secreto por no buscar un disgusto a su hermano José. Llegó sin embargo la época de confesión de precepto, y como la señora de Maza no transigía con ninguna falta de observancia a los mandatos de la Iglesia, hizo que fueran inmediatamente a confesarse sus hijos, e *in capite* los mayores, José y Margarita, con un sacerdote que era su padre de confesión llamado Domingo Morales. Al varón le tocó primero cumplir el precepto anual; pero hizo la declaración de sus *grades pecados* tan alto, que todos los oyó Margarita, la cual estaba cerca aguardando su turno. Concluyó José, siguió la hermanita, y así que se reunieron con la señora Maza para volverse al hogar, le dijo inmediatamente Margarita:

–Mamá, Pepe no se ha confesado bien porque ha ocultado un pecado; yo he oído toda su confesión y no le ha dicho al padre que todos los días te robaba el dulce y los plátanos. Nada te había querido decir para que no le pegaras, pero ahora te lo aviso para que no vaya a cometer un sacrilegio, porque ese pecado estoy segura de que no se lo confesó al padrecito. No le ha dicho toda la verdad; tú sabes lo que haces.

La vida de la familia Maza era sumamente recogida y por consiguiente no abundaban en aquel hogar las diversiones ni iban los niños a ellas. Los domingos salían todos a misa, paseaban un rato y volvían a la casa, y la semana se repartía entre el aprendizaje de la enseñanza tal cual existía en aquella época, y los quehaceres domésticos en que se ocupaban la señora y las mujercitas. En esta vida tan apaciblemente monótona y tranquila se deslizaron los primeros años de Margarita y así llegó a la juventud.

Las relaciones entre el señor Juárez y la que después fue su esposa no tuvieron nada de particular, aunque existen anécdotas en contrario, que son inexactas. Intervino algo en ellas la antigua sirviente ya considerada como de la familia, Josefa Juárez, y después de consultado el parecer del confesor de Margarita fray Juan López, franciscano, y del señor Joaquín Serrano amigo de la familia, así como dado naturalmente el consentimiento de los señores Maza, el matrimonio se verificó el día 31 de julio de 1843, teniendo entonces Margarita 17 años.

En su nuevo estado, la esposa ni hizo sino desplegar más las virtudes privadas que desde niña la adornaban; identificó de tal manera su existencia toda con la del Sr. Juárez, que desde el momento en que se casó fue la constante compañera, la tierna amiga, la mujer fuerte y la acertada consejera de su marido. En las vicisitudes de que estuvo llena la vida del grande hombre, ella siempre sufrió sonriendo su parte no pequeña de calvario, y más adelante veremos qué clase de pruebas le deparaba para más tarde la adversa fortuna. Educada en buena escuela y alentada con el ejemplo recibido desde niña, la pobreza rayana de la miseria nunca la acobardó ni la hizo perder ni un momento la imperdurable serenidad de su espíritu, y la honradez innata de su carácter se ajustaba perfectamente a las ideas severas de Juárez y a la conducta intachable de que dio éste tantos ejemplos en su larga y azarosa vida. Un rasgo referido a nosotros por un miembro de la familia, da la idea perfecta de lo que valían los dos esposos y de la riqueza de sus virtudes privadas: llegó un día el hermano mayor de Margarita, José a la casa de Juárez, un poco después de la ora en que acostumbraban comer; le indicaron los esposos que comiera, aunque ellos ya habían concluido, y José, que tenía apetito, les dijo:

—No se molesten por mí, porque ya saben que en comiendo coles fritas quedo conforme.

Juárez y su esposa se miraron mortificados; ese día en efecto no se había podido poner vitualla, ni por consiguiente coles en el puchero, y no lo habían podido hacer por pobreza.

¡Juárez era entonces gobernador de Oaxaca!

Acatando este gran patricio el principio de No Reelección vigente en el estado, dejó el difícil y honroso puesto que ocupó con beneplácito general, volvió a la vida privada, pobre, aunque extrañado y bendecido por sus gobernados, y se dedicó al ejercicio de su profesión. Ejercíendola estaba en Etna, pequeña villa cercana a la capital de Oaxaca, cuando les sorprendió allí el odio de Santa Anna y salió entonces para el destierro en el que duró más de dos años, pasando escaseces y trabajos verdaderamente inauditos.

En esta contingencia no le faltó la tierna y constante vigilancia y solicitud de su amante compañera, pues sabiendo Margarita que lo iban a poner preso, mandó a uno de sus hermanos para que le dijera a Juárez que no volviera a Oaxaca, que escapara a sus perseguidores y que ella quedaría con el cargo de la familia. A pesar de esto, el gran repúblico volvió a la ciudad ya prisionero, faltando poco para que lo mataran en la garita del Marquesado, donde un desconocido le tendió el fusil a la cara, fusil que por fortuna fue desviado perdiéndose el tiro, y de allí salió para su desatino, habiendo sido separado brutal y violentamente de su familia.

Entonces fue cuando empezó a ponerse a prueba la nunca desmentida virtud de Margarita. Quedó ésta tan pobre, que para atender al sustento diario de sus ya numerosos hijos tejía fallitas, las cuales entregaba al hoy general Martín González con el objeto de que éste las vendiera. Con el exiguo producto de esa venta, cubría lo más urgente o sea los alimentos, y sus niñas e vestían debido a la filantropía de un amigo de Juárez, el señor don Miguel Castro, quien para no hacer sentir el favor le decía a Margarita:

La Reforma

–Mándeme a sus chiquitas porque mis hijas las extrañan y quieren siempre estar jugando con ellas.

Después de esa visita llegaban las niñas de Juárez con vestiditos nuevos, y para excusar el regalo, pretextaba el señor Castro o su esposa llamada Jacinta, que no les quedaba bien los vestidos a sus niñas y que les habían mandado hacer otros.

Como si la miseria, como si la ausencia de un esposo amado, como si los sufrimientos intensísimos al considerar la situación de Juárez en tierra extraña y sin auxilio ninguno, no fuesen bastantes para acrisolar la santa resignación de Margarita, un nuevo y terrible golpe vino a acibarar más su atribulada existencia. Entre la numerosa familia de los esposos Juárez había una niña de nombre Amada y la sexta de las hijas habidas en el matrimonio. Esta niña no cumplía los tres años cuando el ilustre perseguido marchó a su destierro, y era tanto el cariño de la pequeña por su padre, que murió de tristeza, y balbuceando el nombre del autor de sus días ¡exhaló el último suspiro!

Primero la miseria, después y junto con ella la muerte de una hija casi en la cuna, ocasionada por la ausencia, por la falta de las tiernas caricias de su desventurado padre; después las persecuciones; en seguida y siempre una pobreza próxima a la indigencia; tal fue la vida de Margarita en aquella época terrible. En efecto, no contenta la tiranía con perseguir al esposo, quiso y consiguió cebarse en la familia y en la santa mujer que llevaba el nombre de su marido, puro y sin mancha, con legítimo y justificado orgullo.

Supo la señora Juárez que iba en su persecución el tristemente famoso reaccionario Cobos, y entonces empezó una verdadera peregrinación digna de una heroína, pero heroína del hogar y verdadero ángel de la guarda para los suyos.

Margarita salió con todos sus hijos de Oaxaca y se dirigió acompañada sólo de un fiel criado llamado Juan Lazcano a una hacienda de

don Miguel Castro llamada Cinco Señores; apenas llegada a esa finca, le advirtieron que su perseguidor le seguía las huellas y que se encontraba en camino para la hacienda referida, y entonces *a pie* y con los más pequeños de sus hijos cargados en brazos de los indios salió violentamente para un pueblo distante, cerca de cuatro leguas de Cinco Señores llamado Santa Anita.

En ese pueblo al que llegaron en la noche y en una mala posada, acostó Margarita a los niños en los rebozos y *ayates* de los indios, no pudiendo ella conciliar el sueño; por fin, poco después de las dos de la mañana y guiada por un presentimiento, dispuso continuar su marcha como en efecto lo verificó despertando violentamente a sus hijos. A las 5:00 de la mañana, cuando apenas hacía dos horas de la salida de la Sra. Juárez, llegaba Cobos a Santa Anita.

Aunque el perseguidor no logró su objeto, continuaron sin embargo los rudos sufrimientos de Margarita. Para ella y para su hija mayor Manuela se consiguieron acémilas, pero los demás niños continuaron en brazos de los indios, sufriendo en algunos puntos del tránsito escaseces y hambre como pasó en Llalinás, donde no pudieron comer otra cosa que tamales fríos y en el curso de la peregrinación poco antes de llegar a un punto llamado los Naranjos tuvieron que pasar el río de Chietla, que es sumamente ancho y de impetuosísima corriente; esta venía muy aumentada a consecuencia de las fuertes y abundantes lluvias, y la prudencia en otras circunstancias hubiera aconsejado retroceder y buscar el paso por otro lugar menos peligroso; la señora de Juárez, sin embargo, decidida a obtener seguro asilo contra Cobos más por sus hijos que por ella, se decidió a pasar el río con toda la familia en una especie de hamaca de mimbres, tan separados éstos entre sí, que dejaban espacio suficiente para que por él desapareciera debajo del agua una criatura, y con un verdadero y terrible vaivén de aquella frágil y deleznable embarcación y durando en la travesía cerca de

media hora, lograron al fin los fugitivos llegar sanos y salvos a la orilla opuesta, habiendo estado todos más de una vez en inminente peligro de ser arrebatados por el torrente.

Llegaron después a un pueblo llamado Cuasimulco y en conclusión a la hacienda de señorita Gertrudis, propiedad asimismo de don Miguel Castro, donde terminó tan difícil y peligrosa peregrinación.

En esa hacienda permaneció la señora Juárez con sus hijos algunos meses, y cuando desapareció el peligro de Cobos y sus inicuas persecuciones, volvieron a Oaxaca. En aquella Capital, la situación de la familia siguió siendo de tal manera dificultosa y aflictiva que el conocido general Ignacio Mejía propuso a Margarita que se fuera con todos sus hijos a Etna, donde les pondría un tendajón. La virtuosa madre aceptó, y en efecto en Etna estuvo por algún tiempo despachando pan y cigarros y cuanto artículo puede venderse en un tendajo cuyo capital no llega a setenta pesos.

Les había mandado el General Mejía a un muchacho llamado Lino para que sirviera de dependiente y ayudara a Margarita en el trabajo de mostrador; pero poco tiempo pudo estar Lino acompañando a la familia porque un día empezó de repente a ejecutar actos estrambóticos y raros, y por fin se le declaró la locura. Volvió entonces a quedar Margarita enteramente sola con su numerosa familia en el tendajón de Etna, sosteniéndose apenas con los exiguos productos de aquel pequeño comercio.

Mientras tanto Juárez había llegado, primero a Veracruz, donde había cólera y vómito y después a la Habana, que se encontraba en el mismo pésimo estado de sanidad; ahí esperó a su hermano político José, quien le llevó una cantidad de cerca de setenta pesos para que pudiera seguir su viaje a Nueva Orleáns. Lo hicieron ya juntos en un buquecito y en tercera clase, y fueron a parar primero a una casa de huéspedes en la calle de Santa Ana en aquel puerto, y después

se trasladaron a una bohardilla de la calle de Tolosa a otra casa de huéspedes perteneciente a una señora llamada Dumbart. Algunos días comieron de favor en la fonda de unos italianos llamados Daneri y Podestá y mientras el Sr. Juárez se puso a fabricar puros para venderlos. A duras penas se podían hacer en un día tres o cuatrocientos de esos puros que se expedían a veinticinco o treinta centavos el ciento; así es que el producto del trabajo manual del benemérito de América, nunca llegaba a un peso, libre de los gastos de manufactura. Sin embargo, su amor por la libertad lo sostenía, y era tal el entusiasmo que le causaba cuanto iba de acuerdo con sus principios e ideales políticos, que habiendo en esa época en Nueva Orleans muchos emigrados cubanos que se reunían para concertar la manera de llevar a cabo la independencia de su patria, él asistía con gusto a las reuniones, a las que iba en compañía del que después fue su hijo político, Pedro Santacilia, a quien conoció en la botica de la *rue Bourbon*, perteneciente a un señor Cristóbal Spíndola; los animaba a no desmayar en la sagrada tarea que se habían impuesto, y su ya inmenso prestigio reanimó más de una vez las esperanzas de aquellos jóvenes que pretendían la noble e imposible empresa hasta hoy, de hacer a Cuba libre y soberana.

Habiendo caído al fin la dictadura de Santa Anna, concluyeron por entonces los trabajos de los esposos Juárez; pero ese período de tranquilidad no debía durar mucho tiempo. Viene en efecto el golpe de Estado del general Comonfort, y Juárez, después de haber permanecido por algunos días preso, se encarga del gobierno saliendo inmediatamente de la capital; pasa por Querétaro, establece algunos días su residencia oficial en Guanajuato, después pasa a Guadalajara y allí faltó poco para que perdiera la vida con motivo de la traición de Landa; de Guadalajara y a consecuencia de la batalla de Salamanca ganada por Osillos se trasladó a Colima, y de Colima al Manzanillo, donde se

embarcó para atravesar el istmo de Panamá como en efecto lo hizo, volviendo por la Habana a Veracruz.

Allí estableció por último definitivamente el gobierno, y aquel heroico puerto debía ser el teatro de sus primeras y no las menos inmarcesibles glorias, como jefe del Estado. Empero su agitada vida llena de peripecias y sólida base de su inmortalidad era un motivo constante de sufrimiento para su tierna compañera Margarita, a la vez que un crisol para las grandes virtudes de la esposa, virtudes que debían conquistarle un merecido puesto al lado del compañero de su vida.

Margarita estaba con la familia en Oaxaca cuando Juárez fijó el asiento del gobierno en Veracruz. Una vez instalado definitivamente en esa ciudad, aquella decidió salir a unirse con su esposo, como en efecto lo hizo, acompañada de todos sus hijos y una *gran* escolta compuesta de un oficial llamado Valentín Palacios y cuatro soldados, y esa marcha al través de la Sierra tampoco estuvo exenta de peripecias, pues antes de llegar a Cítela, habiéndoseles venido encima la noche y pasando en esos momentos por verdaderos desbarrancaderos, tuvieron que detener su marcha al pie del abismo mientras que iban los mozos por los teas al pueblo, quedando entre tanto en la más completa oscuridad y sin poder moverse por temor de desaparecer en el profundo barranco que tan cerca de sí tenían.

En la misma sierra de Cuasimulco sucedió otro percance que por poco cuesta la vida a la infortunada Margarita. Caminaban con mucho cuidado por aquellos vericuetos, verdaderos caminos de pájaro, cuando de repente se le resbalaron los pies a la acémila que montaba la señora Juárez y la cabalgadura rodó al fondo del abismo. Un grito de horror salió de todos los pechos creyendo cuantos iban allí que Margarita también se había hecho pedazos contra las rocas y el pasmo subió de punto al ver a la señora pendiente al borde del precipicio y que sólo debió su salvación a su crinolina, de la que quedó colgada meciéndose

en la rama de un árbol. Todos los que allí iban se apresuraron al punto a socorrerla, habiendo sido salvada al fin como por milagro de tan espantosa muerte.

Llegó por último la señora Juárez a Veracruz con su familia y a consecuencia de lo mal sano del clima, varias veces estuvieron fuera del puerto. Todavía recuerda una de las hijas del benemérito, Soledad, la época en que estuvieron en Huatusco con don Melchor Ocampo y en la cual este grande hombre le enseñó las primeras letras y la llevaba lo mismo que a sus demás hermanas a pasear por los alrededores de la población. Con verdadero orgullo cuenta la hija de Juárez este hecho que revela el cariño verdaderamente fraternal que ligaba a los dos pronombres de la Reforma, y por ese motivo lo consignamos nosotros.

Después del triunfo de Calpulalpam, regresó el gobierno general a la capital de la República a principios del año de 1861, y entonces volvieron a tener un corto período relativa tranquilidad los esposos Juárez. En esa época igualmente reveló Margarita una vez más la belleza de sus sentimientos entre los que figuraba en primera línea el amor a la patria, porque habiéndose declarado la guerra con el invasor extranjero, la señora Juárez encabezó de las primeras una junta de señoras cuyo objeto era arbitrar recursos para los hospitales de sangre, y ella lo mismo que todas sus hijas se pusieron a la labor haciendo hilas, formando vendas y trabajando, en una palabra, de cuantas maneras podían en el alivio de los patriotas soldados que derramaban su sangre en defensa de la independencia de México.

Cuando la solemne y conmovedora repartición de medallas en Puebla a los valientes soldados del 5 de Mayo, la señora Juárez en compañía de la esposa del ministro de Guerra general Blanco, puso el distintivo de honor en los pechos de los valientes defensores de la Patria, estimulando así con su presencia y con su participación en aquel her-

moso acto, el entusiasmo del ejército y su decisión para morir en defensa del suelo que los vio nacer.

Tuvo que salir al fin el señor Juárez de la capital de la República para seguir sosteniendo la bandera de la patria y de los principios republicanos atacados unas y otros por el ejército invasor, y entonces Margarita y toda su familia, al cuidado de su hijo político Pedro Santacilia, salieron para el extranjero. Al llegar a Matamoros fueron muy bien recibidos por muchas personas respetables del puerto y ahí hubieran permanecido algún tiempo sin otro presentimiento, esta vez del señor Santacilia, que libró a toda la familia de un peligro cierto e inmediato. No habiendo en efecto querido permanecer más tiempo en Matamoros, salieron violentamente de Bagdad hacia Punta Isabel con el objeto de embarcarse para Nueva Orleans, como en efecto lo hicieron más tarde en el vapor Clinton, cuando al pasar frente a la desembocadura del río Bravo vieron en el mar a lo lejos, los palos de varios buques que después supieron conducían fuerzas francesas, quienes en efecto ocuparon luego a Matamoros así como el conocido jefe conservador Tomás Mejía.

En los Estados Unidos fue muy bien tratada la señora Juárez por las autoridades federales de aquella república, al grado de que el ministro Seward dio una comida oficial en honor de la ilustre proscrita a la que invitó y asistió todo el cuerpo diplomático europeo acreditado ante el gobierno de la Casa Blanca. Entre los ministros que concurrieron se encontraba el español García Tassara encargado de hacer directamente los honores en la mesa a la señora Juárez y que servía de intérprete entre ésta y Seward. En el salón en que se dio el banquete estaban dos grandes retratos, uno de Juárez y otro de Santa Anna y una de las ocasiones que el ministro de Estado norteamericano se dirigió a Margarita por conducto de García Tassara dijo estas palabras:

—Tenga usted la bondad de manifestar a la señora Juárez que mi mayor deseo es que pronto nos veamos en la capital de la República

como fundadamente lo espero; que ahí al tener la satisfacción de ir a saludar al patriota señor Juárez, mi mayor gusto sería ver unidos a mis dos amigos (señalando a Santa Anna) y ya olvidadas las rencillas de partido que hasta hoy los han separado.

–Suplico a usted manifieste al señor Seward, dijo la señora Juárez, que tendremos una gran satisfacción tanto mi esposo como yo en verlo por México, pero que no espere encontrar allí reunidos al general Santa Anna y a Juárez. Si uno de los dos está en la capital, el otro tendrá que estar muy lejos; porque tratándose de principios políticos un océano los separa.

La solicitud del gobierno americano no se desmintió un solo momento y cuando después del triunfo de la República vino la familia Juárez a reunirse definitivamente con el grande hombre, el Ejecutivo de los Estados Unidos puso a disposición de Margarita y sus hijos el vapor de guerra *Wilderness* en el que hicieron la travesía de Nueva Orleans a Veracruz.

En Nueva York y en una de las veces que Margarita fue al mercado, pues allí se acostumbra que vayan las señoras a la compra y el despacho de los comestibles está muy bien arreglado y servido por Express, un vendedor de pescados estaba leyendo con gran empeño el Herald noticias de México, referentes a la guerra que sostenía el partido liberar contra el llamado imperio. Al ver llegar a Margarita y a su hija Manuela, a quienes aunque no conocía por sus nombres, sabía que eran mexicanas, en un arranque de entusiasmo se dirige a la señora Juárez y en un mal español le dice:

–Ustedes son mexicanas, ustedes deben tener el honor de conocer al gran patricio, al presidente Juárez, ¿no es verdad?

–Sí lo conocemos– respondió con sencillez Margarita guardando modestamente el incógnito. El admirador del reformista no supo por lo mismo que estaba hablando con la esposa de éste.

El trayecto de Veracruz a México fue una ovación a la familia hecha por todos los pueblos del tránsito, de manera que cuando el señor Juárez puso un telegrama preguntando en su impaciencia cuándo llegarían y esposa y sus hijos a la Capital, la respuesta fue que *cuando pudieran*, porque en todas partes les instaban a permanecer siquiera un día, especialmente cuando se trataba de pequeños pueblos indígenas.

Reunida al fin con su esposo, Margarita fue en la prosperidad lo que había sido en la desgracia: siempre modesta, siempre buena, siempre amante de su marido y tierna y abnegada para sus hijos. En los Estados Unidos y durante la última separación forzosa de su esposo, sufrió el postrero y rudísimo golpe de los muchos que le atestaron las circunstancias aciagas de su vida, pues perdió con diferencia de menos de un año a sus dos hijos varones José y Antonio, este último el menor de todos y en quien como vulgarmente se dice *se veían* sus padres.

Cuidaba siempre con grande empeño de inculcar a sus hijos ideas de verdadera modestia y nunca olvidaba después de cualquier reunión en la que a causa del puesto del señor Juárez, siempre eran muy distinguidos, decirles estas o semejantes palabras:

–Hijos: estas distinciones concluirán cuando por desgracia se muera su padre. No se enorgullezcan por ellas y recuerden siempre que la mujer vale sobre todo por sus virtudes y que la vanidad es uno de los más feos defectos en una señorita. Acuérdense de las épocas en que hemos sufrido escaseces y consideren que las adulaciones de hoy pueden trocarse en indiferencia y hasta en desprecios, si la suerte cambia.

El señor Juárez a su vez con su ejemplo y con sus palabras ayudaba eficazmente a su esposa en esta noble obra de educación moral. Siempre que iba a un banquete, a una reunión o a cualquier festividad, decía invariablemente en su casa estas palabras:

–Voy a una comida que dan al gobierno –o bien– voy a una reunión a que ha sido invitado el gobierno; voy a presidir una festividad para

la que ha sido solicitada la presencia del gobierno; indicando con esto que él el primero, estimaba estas distinciones en lo que significaban y valían.

Poco debía durar a Margarita la satisfacción de verse con su esposo y gozando de los honores a que era acreedora por sus personales cualidades, pues el día 2 de enero de 1871, cuando aun no cumplía 45 años, bajó al sepulcro en medio de las lágrimas y profundo dolor de toda su familia; ya próxima a su muerte, algunos días antes de que exhalara el último suspiro, se quedó un día mirando a su esposo con íntima ternura y profunda tristeza y con voz apagada exclamó:

–Pobre viejo, no me sobrevivirás mucho tiempo.

El señor Juárez estaba hondamente conmovido y al ver a su esposa tan triste y tan enferma, volvió la cabeza para secarse las lágrimas que ya no le fue posible contener...

Si la mujer siempre tiene sin ninguna duda influencia decisiva en los actos del hombre, más clara y directa es esta influencia en buen o mal sentido, cuando esa mujer es excepcionalmente mala o excepcionalmente buena. Una esposa como lo fue la señora Juárez significaba indudablemente un elemento auxiliar poderosísimo en los actos de un hombre extraordinario y por eso no era posible hablar del esposo sin hablar asimismo de la fiel compañera de su vida, de su verdadero y más eficaz apoyo moral en medio de los terribles embates de una tempestuosa existencia llena de tantas penalidades como gloria.

Por eso seguramente el hombre del hogar en Juárez no fue inferior al hombre público y como supo hacerse digno del inmenso cariño de su esposa, la influencia de ésta fue todavía mayor, coadyuvando en no pequeña parte a sostener y estimular el gran carácter del humilde indio de Guelatao. Juárez, en efecto, que tenía la fama de fríamente severo y hombre sin corazón, no pudo resistir dos años el dolor de la muerte de Margarita y murió precisamente del corazón.

La Reforma

Margarita Maza de Juárez | 605

En el seno de la familia era tierno y cariñoso hasta el extremo; aprobaba y aun estimulaba la conducta caritativa de su esposa cuando ésta salía de la casa como lo hizo más de una vez a llevar consuelo y auxilios a una desventurada familia que habitaba quizás una lobrega y reducida pocilga de la casa de vecindad de un barrio, y las lágrimas asomaban a los ojos de aquel hombre en apariencia de bronce, al ver en el teatro la representación de escenas patéticas o al presenciar en su hogar escenas íntimas de ternura y felicidad que hacen llorar de satisfacción, como se llora de pesar en las grandes contrariedades de la vida.

En cambio su vida pública está toda llena de rasgos que revelan su energía inquebrantable, sobretodo al tratarse del cumplimiento de un deber. Muchas personas que aún viven recuerdan entre otros el hecho siguiente, que ocurrió a raíz del triunfo del Gobierno constitucional a consecuencia de la batalla de Calpulalpan.

Atacaron Márquez y otros conservadores la garita de San Cosme de la capital, de una manera inesperada y repitiendo el hecho ocurrido algún tiempo antes llevado a cabo por el general liberal Blanco; en esos momentos estaba el Congreso en sesión y algunos diputados, al tener la noticia del brusco ataque de Márquez, salieron despavoridos del templo de las leyes con el objeto indudable de salvarse del peligro; uno de éstos llegó hasta la presidencia, donde el señor Juárez tranquilamente tomaba sus disposiciones para rechazar la brusca agresión del hombre de Tacubaya; el diputado completamente tembloroso se dirige en estos momentos a Juárez diciéndola:

–Señor, Márquez ha penetrado a la ciudad; el gobierno corre inminente peligro: ¿qué es lo que hacemos?

–Vuelva usted, señor diputado, a la Cámara –le responde Juárez–, y permanezca en su puesto aunque le sorprenda la muerte. Cumpla usted con su deber de representante del pueblo, que yo aquí sabré, no lo dude usted, cumplir con el mío de presidente.

El diputado se retiró confuso y lleno de turbación ante la severa actitud de Juárez...

Fue profética la exclamación de Margarita ya moribunda y Juárez tuvo también el presentimiento de su próxima muerte. Diecinueve días antes de bajar al sepulcro el 29 de junio de 1872, estaban reunidos todos sus hijos con motivo de ser el día del santo de don Pedro Santacilia. Entre los invitados se encontraba el viejo y popular bardo Guillermo Prieto, antiguo ministro y amigo del grande hombre y el compañero en su peregrinación por los Estados de Occidente, como lo fueron entonces Ocampo y don Manuel Ruiz. Cuando mayor animación reinaba en la mesa, Juárez tomó la palabra e inmediatamente reinó un silencio profundo, se dirigió desde luego a Prieto y le dijo:

–Guillermo, poco tiempo me queda de vida; toma tu copa y prométeme delante de todos mis hijos que cada año en este día, cuando todos los seres más queridos de mi corazón estén reunidos, vendrás como hoy a recordarles quiénes fueron sus padres, a hablarles de Margarita y de mí, y del inmenso cariño que les hemos tenido, a excitarlos a que no nos olviden, a que tengan siempre presentes los consejos de la santa mujer que ya no existe; hoy te lo pido por que es seguramente el último año que vivo, y si accedes a mi ruego quedo tranquilo, porque sé que cumplirás tu promesa.

El sentido poeta lo prometió, y en efecto hasta este año (1890) ha cumplido fielmente el encargo recibido.

Los cuerpos de los dos esposos reposan juntos en la mansión de los que ya no existen y bajo el elegante y artístico sarcófago que hasta hoy está en el antiguo panteón de San Fernando. El mismo popular bardo, que cada año asiste, aun cuando sea un momento, a beber una copa con la familia Juárez, en recuerdo de los seres queridos para ésta, que ya no son, compuso en honor de la gran matrona el siguiente bellissimo soneto que pinta admirablemente y en pocas palabras el valor moral de

La Reforma

las virtudes de Margarita, siendo por lo mismo su mejor y más cumplido elogio:

*Bello su rostro, inmensa su ternura,
a la hora del placer desaparecía;
mas derramado el bien, resplandecía
en momentos de prueba y amargura.
Al herirla implacable desventura,
la familia, en su seno, guarecía
como ave amante que polluelos cría
del halcón desafiando la bravura.
En medio del poder, de lauros llena,
su pobreza sublime recordaba,
de vil jactancia y vanidad ajena,
y del regio palacio desertaba
para aliviar solícita la pena
del que en miseria y soledad lloraba.*

Notas: los datos de la anterior biografía los debemos en su mayor parte a la amabilidad de varios miembros respetables de la familia Juárez.

En la anterior entrega y al hablar del matrimonio de los esposos Juárez, se hizo mención de un señor Joaquín Serrano. Debe ser Juan José Serrano.

Fuente:

Enrique M. de los Ríos, "Margarita Maza de Juárez", en *Liberales ilustres mexicanos de la Reforma y la Intervención*, México, Daniel Cabrera, editor 1890. Edición Facsimilar, Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa, 2006.